



20

La Transfiguración del Señor

Damos un paso más en este camino que estamos haciendo para afrontar aspectos de la vida espiritual, de nuestra vida en Cristo. Después de haber meditado el evangelio de la misericordia, **hoy vamos a asomarnos a la luz de la gloria**. Vamos a contemplar el misterio de la **Transfiguración del Señor**, esa luz de la gloria que es decisiva para entender todo el misterio de la redención, ese misterio que brilla en el rostro de Cristo que es nuestro Salvador, nuestro Redentor.

Vamos a tratar de profundizar en el misterio que el Señor quiere desvelarnos en ese momento clave de su vida pública. Sabemos que después del Bautismo y de la estancia en el desierto, el Señor sale a predicar con los signos de la llegada del Reino de Dios, la elección de los discípulos, la manifestación de la bondad de Dios a través de los milagros, la predicación de la misericordia, y tantas cosas más.

Pero hay un momento clave donde se produce un giro en la vida del Señor, vamos a ver lo que nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica en el número 554, donde nos habla de una visión anticipada del Reino, la Transfiguración:

Texto (CIgC 554)

«A partir del día en que Pedro confesó que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el Maestro "comenzó a mostrar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén, y sufrir... y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día" (Mt 16, 21); Pedro rechazó este anuncio (Mt 16, 22-23), los otros no lo comprendieron mejor (Mt 17, 23; Lc 9, 45). En este contexto se sitúa el episodio misterioso de la Transfiguración de Jesús».

Para entrar en este misterio de la Transfiguración, tenemos que situarnos en el momento en el que el Señor quiso realizarlo y que fue precedido de algo muy importante. Jesús después de haber estado ya mucho tiempo con los discípulos, después de haber compartido con ellos tantas cosas, tantos encuentros con la gente, tantas manifestaciones de quién era Él, de cómo se vivía con Él, llega un momento en el que hace la pregunta decisiva: *«¿Quién dicen los hombres que soy Yo?»*.

Los discípulos le dicen que hay distintas contestaciones, entonces el Señor hizo la pregunta decisiva, se la hizo a los discípulos y nos la sigue diciendo a cada uno de nosotros: *«Y vosotros ¿quién decís que soy Yo?» «Y tú ¿quién dices que soy Yo?»*. Simón Pedro en nombre de todos tomó la palabra y dijo: *«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»*. Son las palabras que manifiestan el misterio de Jesús.

En medio de la situación donde cada uno opinaba una cosa, Pedro sabe decir la verdad sobre Cristo. El Señor le dice dos cosas: *«Bienaventurado tú Simón, hijo de Juan, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el Cielo»*. Es decir, tú has proclamado la verdad de mi misterio, ciertamente, soy el Mesías prometido y no cualquier mesías, porque Yo soy el Hijo de Dios vivo, soy Dios encarnado, un salvador que el mundo no podía esperar ni se imaginaba: Dios mismo se ha hecho hombre para salvar al hombre.

Y lo segundo que le dirá a Simón: *«tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará, te daré las llaves del Reino de los Cielos, lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo»*.

Por lo tanto, Simón ha proclamado la verdad sobre Cristo. Y sobre esa fe verdadera, proclamada por Simón, va a edificarse la Iglesia. Simón descubre su propia vocación, va a ser el primer Papa, va a ser la roca, la piedra sobre la cual el Señor va a edificar su Iglesia.

Entonces Jesús anuncia por primera vez lo que ha tenido guardado y secreto en el corazón desde siempre. Por fin ha llegado el momento, por fin a los suyos, a los íntimos, a los que les revela las cosas aparte, con los que habla las cosas del Reino en particular, a ellos les dice lo que deseaba compartir desde hace tanto tiempo: **«Mirad, el Mesías va a ir a Jerusalén, tiene que sufrir mucho, va a ser rechazado, condenado a muerte y resucitará al tercer día»**. Jesús anuncia su **Pascua**. Jesús anuncia que la salvación que Dios quiere realizar va a venir a través de la pasión, la cruz, la muerte, la sepultura, el descenso a los infiernos, la resurrección y la ascensión del Señor. La salvación va a ser a través de la Pascua de Cristo.

Y en este gran anuncio que hace el Señor –¡sorpresa!–, se va a encontrar con el rechazo de los discípulos. Como hemos visto que dice el Catecismo (554), Pedro rechazó este anuncio y los otros no lo comprendieron mejor. El Señor les dijo: **«quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, porque el que quiera ganar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí, la encontrará»**.

Nosotros mismos nos encontramos, en el fondo, con la misma dificultad que los apóstoles en aquel día. El Señor ha querido salvar el mundo a través de la cruz y la resurrección. A nosotros, como a ellos, nos cuesta también aceptar el camino. **¿Por qué, Señor, la cruz? ¿Por qué la pasión? ¿Por qué ha tenido que ser así?** Vamos a intentar comprender por qué Dios ha querido hacer las cosas así, en la medida de lo posible, porque ciertamente es el misterio de los misterios, pero es también el gran misterio del amor de Dios.

A los que el Señor anuncia que la cruz es el camino para la gloria, y a los discípulos que no aceptan esto sino que se resisten, **allí el Señor les pone el misterio de la Transfiguración**. El Señor, también hoy, nos llama a comprender.

Pero antes el Señor le dice unas palabras tremendas a Simón, al que ha proclamado la verdad de Cristo y al que le ha dicho: **«tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»**. Cuando Pedro intenta echar atrás a Jesús, Él le dice: **«no puede ser así Señor, eso no puede pasarte, aquí estoy yo para impedirlo»**. Jesús les dirá aquellas palabras tremendas: **«aparta de mí Satanás, eres piedra de tropiezo, eres escándalo para mí, piensas como los hombres y no como Dios, porque tus pensamientos son los pensamientos de los hombres, no los pensamientos de Dios»**.

Simón, con todo su amor y su cariño hacia el Señor, intenta quitarle la idea de abrazar la pasión y la cruz para llevar a cabo la salvación de los hombres: ¡el pobre no entiende nada! Pero sí ve una cosa clara, y es que no quiere semejante final ni semejante humillación para Jesús. Y Jesús responde con unas palabras terribles: **«¡Calla, que tú quieres lo que quiere el enemigo! En cambio yo he de abrazar el camino que ha pensado el Padre para la salvación de los hombres»**.

En este contexto, es decir, *en el momento de reconocer la verdad de Jesús, que es Dios hecho hombre, el Hijo de Dios vivo, el Mesías prometido*, es cuando Jesús ha anunciado cuál es el plan de Dios: **“Yo he de ser entregado en manos de los hombres, he de ser juzgado, padecer y después de morir resucitar al tercer día**. Después de anunciar esto y de encontrar resistencia en sus discípulos, el Señor a los seis días toma consigo a Santiago, a Juan y a Pedro y sube a la montaña.

En este contexto es cuando aparece el misterio de la Transfiguración. Veamos la narración del evangelio de san Mateo:

«Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.

En esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: «Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y de la nube salía una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.»

Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo. Mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó y dijo: «Levantaos, no tengáis miedo.» Ellos alzaron sus ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo.

Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No contéis a nadie la visión hasta que el hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.»



Una palabra en la transfiguración salta a primera vista. Después de lo que ha dicho el Señor y la reacción de los discípulos, el Padre dice: *«Este es mi Hijo en quien me complazco, escuchadle. Me complazco en Él, porque quiere lo que yo quiero para la salvación de los hombres. Os ha hablado, escuchadle»*. Por otro lado, comprendemos lo que hay en el corazón del Señor: *«hágase tu voluntad Padre, para la salvación de los hombres»*.

En este misterio de la Transfiguración, el Señor hace subir a los discípulos al monte, para que comprendan el misterio que ha sido anunciado. Tuvieron que subir, toda una imagen de lo que es también nuestra vida cristiana. Habiendo conocido al Señor Él nos pide que le sigamos. Muchas veces tenemos que recorrer un largo camino hasta que entramos más adentro en el conocimiento del Señor, en el encuentro con el Señor.

Subiendo la montaña y tomando distancia del mundanal ruido, tomando distancia de la realidad cotidiana, de la realidad de tantas cosas, aspirando, como Moisés y Elías, a encontrar el rostro de Dios. Precisamente los dos que habían encontrado al Señor en la montaña santa aparecen aquí junto a Jesús. **El Señor nos pide también seguirle y tenemos que dejarnos conducir dócilmente, porque en el momento en que menos lo esperemos el Señor se manifiesta.**

La vida cristiana tiene sus caminos, y con cada uno de nosotros el Señor hace el nuestro, pero el Señor siempre nos conduce al mismo sitio: a conocerle y a llegar a tener experiencia del Dios vivo. Esa es la aspiración profunda que tenemos en nuestro corazón y el Señor lo sabe mejor que nadie. El Señor nos ha llamado para que le conozcamos, pero para eso nos tenemos que dejar conducir por Él.

¿Cómo se llega a Dios? Solo Dios lo sabe. ¿Con qué ritmo se llega a Dios? Solo Dios sabe ponerlo. ¿Por qué caminos, por qué vericuetos? La clave está en dejarnos conducir. Tendremos que vivir muchas veces en una fe oscura, pero el Señor bendice todo este tiempo, largos años son bendecidos por Dios y cuando menos lo esperemos el Señor se manifestará.

El Señor los llevó a la montaña, y como sucede tantas veces en la historia de la salvación, de repente, se transfiguró delante de ellos, así sin avisar. **¿Cómo sucedió esto? El Señor se puso a orar y estando en oración, en una oración intensa con el Padre, su humanidad se volvió luminosa, su humanidad se hizo transparente de la divinidad que habitaba en Él.**

El Hijo de Dios por unos instantes dejó translucir lo que durante toda su vida terrena mantuvo oculto. Jesucristo, que no es sólo hombre verdadero sino que es Dios encarnado, durante unos momentos hizo resplandecer su gloria, de tal manera que a través de la humanidad de Cristo los discípulos pudieron contemplar la gloria del Señor. Ciertamente era algo inesperado.

Y esa gloria que Moisés y Elías anhelaban haber visto, ahora los discípulos la pueden contemplar en el rostro de Cristo, Dios hecho hombre. Jesús después de unos instantes volverá a su apariencia normal. Elías y Moisés desaparecerán después de haberse manifestado esa presencia del Espíritu Santo en la nube, y después de escuchar la voz del Padre diciendo: *«Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, mi predilecto, ¡Escuchadle!»*.

El Señor manifiesta su gloria, y nos dice el texto de san Lucas que hablaban de su partida, literalmente de su “*éxodo*”, es decir, de su salida, de su Pascua, de su salida-paso de este mundo al Padre que iba a cumplir en Jerusalén. Por lo tanto, este es el contexto de la Transfiguración. Y el Señor puesto en oración ¿qué ora? Está orando al Padre y orando por los hombres a los que desea salvar, a los que lleva en lo más profundo del corazón.

Qué maravilla es comprender que Jesús nos lleva dentro de sí, que nosotros somos el tema de su oración con el Padre. Lo éramos durante su vida terrena y lo fuimos especialmente en los momentos decisivos de su vida terrena. Y uno de ellos, clave, es la Transfiguración. Es tal la intensidad de la oración de Jesús ante el Padre, es tal el deseo de nuestra redención y, sobre todo, el deseo de que seamos salvados, el deseo de que alcancemos la gloria que Él tenía junto al Padre antes de que el mundo existiese, que Jesús, profundamente sumergido en esta oración, deja traslucir esa gloria que Él no solo para su humanidad singular, sino para toda la humanidad, para todos y cada uno de nosotros.

La oración de la Transfiguración nos hace descubrir el amor intenso de Jesús, el amor intenso del Padre que quiere bendecir en Jesucristo a toda la humanidad. Y toda la obra de la redención, todo lo que Jesús va a vivir tiene como foco para entenderlo, para iluminarlo, la gloria que alcanzará en la resurrección. Esto es fundamental. La luz de la Transfiguración es lo siguiente: *Jesús ha anunciado la pasión, la muerte y la resurrección, ha dicho cómo va a ser humillado hasta lo increíble, hasta la muerte y muerte de cruz y después va a resucitar. Ahora bien, todo el camino de humillación, de penalidad, de pasión, de sufrimiento y de cruz, todo esto tiene que ser visto a la luz de la gloria, a la luz de la gloria de la resurrección.*

Y esa gloria del Señor no es una gloria cualquiera; es una gloria divina y una gloria que se irradia. Esa gloria que va a alcanzar el Señor con su resurrección es una gloria resplandeciente, que irradia la luz, que difunde la vida, que irradia la gloria de Dios hacia los hombres. De hecho Pedro, Santiago y Juan dirán: *«qué bien se está aquí»*; lo dirá Pedro en nombre de todos, como proclamó también en nombre de todos que Jesús es el Mesías y el Hijo de Dios.

Por tanto, fijémonos cómo esa gloria que va a alcanzar el Señor no es para Él solo, sino que todo lo que vive el Señor hará que Él llegue a ser fuente, foco, luz para bien de los hombres, para llenarnos a todos de la gloria de Dios. ¡Sí, el Señor nos ilumina con la gloria de su Transfiguración!

También el Señor, ahí, en el monte, nos hace comprender **la verdad de la humanidad**, nos ilumina **nuestra vocación humana**. Él que es Dios hecho hombre nos hace comprender para qué ha sido creada la humanidad. ¿Para qué hemos recibido tú y yo nuestra humanidad?, ¿cuál es el sentido de la vida humana?. ¿para qué hemos recibido nuestro ser de hombre, de varón, de mujer? Para estar **llenos de Dios**, para **alcanzar la gloria** que se refleja en la humanidad de Cristo.

En la Transfiguración de Jesús comprendemos la verdad de nuestro ser. Para eso hemos sido creados. Para eso el Señor te ha dado el ser, para eso existes, para llegar a tener un día la gloria que en aquella montaña contemplaron Pedro, Santiago y Juan como anticipo de la resurrección, para participar de la misma vida y ser de Dios. Qué maravilla descubrir que la pobreza de mi humanidad, esta carne que me tira para abajo, esta humanidad que tantas veces la sentimos como un peso, que tantas veces es motivo de dolor y de sufrimiento está llamada a gozar de Dios, a irradiar la gloria de Dios.

Cristo en la Transfiguración nos da un anticipo de la resurrección: está glorioso, luminoso y radiante. Pues así va a ser nuestra humanidad y esto lo tenemos que vivir ya en nuestra carne mortal. Así, en fe y en carne mortal gozamos ya de la vida eterna que hemos recibido en el Bautismo, y lo seguimos teniendo en la medida en que vivimos en gracia. Y en la medida en que permitimos que esa vida se desarrolle en nosotros también nos estamos haciendo luminarias, nos convertimos en luz de mundo, en antorchas que irradian misteriosamente pero realmente la vida de Dios.

Y este es el verdadero misterio que nos reflejan la vida de los Santos. Los Santos y Santas reflejaban a Dios en su rostro, en su ser, en lo que vivían, en lo que hacían, en lo que decían. Y cuando encontramos un hombre o una mujer de Dios, hay algo en ellos, tienen algo especial y queremos estar cerca de ellos porque algo del Señor nos llega.

Gracias, Señor, por este misterio precioso de la Transfiguración. ¡Qué bien se está contigo! ¡Qué bien poder estar así! Ojalá, Señor, descubramos la llamada que tenemos a gozar de ti. Y cómo Tú también te quieres ir dando a nosotros poco a poco en esta vida, porque también en esta vida Tú deseas que tengamos experiencia de ti.

Veamos un texto precioso que canta, en esta fiesta de la Transfiguración, la Liturgia bizantina:

Texto (CIgC 555, himno de la Liturgia bizantina, kontakion) _____

«Tú te has transfigurado en la montaña, y, en la medida que ellos eran capaces, tus discípulos, han contemplado tu gloria, ¡Oh Cristo!, Dios, a fin de que cuando te vieran crucificado y muerto en una cruz, comprendieran que tu pasión era voluntaria y lo anunciaran al mundo y que Tú eres la irradiación del Padre.»

La Transfiguración, misterio luminoso, nos introduce en el misterio de la pasión que lleva a la gloria. La luz de la gloria es la que ilumina todo lo que el Señor va a vivir para nuestra redención.

Sintetizando lo que hemos estado diciendo, veamos lo que nos dice el número 555 del Catecismo de la Iglesia Católica:

Texto (CIgC 555) _____

«Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para "entrar en su gloria" (Lc 24, 26), es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías. La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios. La nube indica la presencia del Espíritu Santo: "Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa"».

El misterio de la transfiguración, pues, nos hace comprender cómo lo que el Señor ha anunciado es cierto. El Señor ha dicho que para cumplir la voluntad del Padre, para que los hombres sean salvados ha de padecer, ser crucificado, morir y resucitar al tercer día. Además, confirma lo que Pedro había confesado: **«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»**. La gloria del Hijo de Dios encarnado se manifiesta por unos instantes a través de la humanidad de Cristo y así nos hace comprender el sentido de nuestra propia humanidad. La humanidad ha sido creada para alcanzar la gloria del Hijo de Dios.

Por otra parte, la voz del Padre nos llama a escuchar las palabras del Señor: «*Este es mi Hijo amado... escuchadle.*» En la Transfiguración se nos da la luz de la gloria para comprender todo el camino de la redención.

A la luz de la Transfiguración vamos a intentar ahora, desde lo que el mismo misterio nos es, utilizar tres palabras-clave para entender cómo ha querido el Señor que se realice nuestra salvación. Primero las decimos y después las explicamos.

CONFIGURACIÓN



DESFIGURACIÓN



TRANSFIGURACIÓN



– **CONFIGURACIÓN.**- La encarnación ¿en que ha consistido? El Hijo de Dios se hace hombre de verdad, se hace uno de nosotros. «*La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*». Se hizo hombre con una humanidad pobre, débil, vulnerable, sufriente y mortal. Así, **el Señor se ha configurado** con nosotros, el amor de Dios le ha llevado a configurarse con cada uno de nosotros. **Configurarse** quiere decir unirse a nosotros, tomar y abrazar lo que somos, hacer suyo lo nuestro.

– **DESFIGURACIÓN.**- De aquí que esa configuración, esa identificación con nosotros tiene un paso extremo, el paso decisivo que se va a cumplir en la pasión. Al configurarse con nosotros, el Señor ha asumido nuestra pobreza, nuestra miseria, nuestro sufrimiento, nuestro pecado, nuestra muerte hasta llegar a quedar completamente desfigurado: **desfigurado como está el hombre herido por el pecado, herido, sufriente, abocado a la muerte.**

Dios, que nos ha amado tanto, que se ha configurado con nosotros, va a acabar desfigurado, tal y como le contemplamos en la cruz: destrozado, herido hasta la muerte y muerte de cruz, convertido su cuerpo en una fuente de la que mana sangre y agua de su costado abierto por la lanza. Entonces entendemos que nos ha amado y nos ha abrazado hasta el final.

Para salvarnos tenía que hacer suya nuestra situación; el que se configuró con nosotros no se echó atrás ante la miseria del hombre sino que descendió y se humilló. En **Cristo crucificado** contemplamos **nuestro propio rostro, el rostro del hombre pecador, herido, sufriente, mortal**. Como decía el capítulo 53 del profeta de Isaías, el siervo de Yahvé, «*Le vimos y no tenía apariencia humana, le miramos y ocultamos el rostro, no tenía aspecto que pudiésemos estimar*». Así le vemos en la cruz, olvidado de todos salvo por María, la Virgen, por un puñado de mujeres y por Juan, el discípulo amado, el resto no supo apreciar nada al pie de la cruz.

– **TRANSFIGURACIÓN.**- Pero esa desfiguración no es más que un paso para asumir así toda la humanidad, de manera que este Cristo que nos abraza es el Cristo que resucita y colma de gloria la humanidad abrazada y crucificada. Por eso lo que se ve en la Transfiguración es un anticipo de lo que sucederá en la mañana de Pascua, de lo que se manifestará en las apariciones del Resucitado, que muestran a Cristo glorioso. **Así a aquel que se había uno con nosotros hasta quedar totalmente desfigurado, le vemos ahora finalmente transfigurado y glorioso, irradiando la gloria de Dios.**

Ahora comprendemos. Descubrimos a Cristo en la Transfiguración ardiente, deseando llegar a esta gloria, asumiéndonos a todos nosotros en su humanidad. Hemos sido bendecidos porque Dios se ha *configurado* con nosotros hasta hacer suya nuestra propia *desfiguración* y así es como ha sido abrazado por el Padre. Y en ese abrazo glorioso, inundado de la gloria divina por el Espíritu Santo, la humanidad de Cristo ahora resplandeciente, *transfigurada*, irradia la vida. Qué maravilla saber que Cristo está ahora así, vivo y glorioso para siempre. Ahora todo en nosotros es ocasión de bien, ocasión de bendición.

En el misterio de la Transfiguración empezamos a vislumbrar el camino de la redención que lleva a la gloria, que es el único sentido de la vida del hombre, pues hemos sido creados para ser bendecidos.

¡Adorado sea Jesús, Hijo de Dios vivo. Te bendecimos, a Ti que eres nuestra luz!

La cruz es el camino para la gloria. Dios cuando hace las cosas las hace siempre con sabiduría y amor, y si hay que padecer, si hay que sufrir, la pasión es siempre el camino, nunca es el destino. El destino es el gozo de Dios, es la gloria de Dios. Y esto nos ayuda mucho para afrontar las cosas: es necesario padecer pero nunca es el final del camino. Necesitamos que la Transfiguración del Señor sea para nosotros luminosa y purificadora.

La pasión del Señor siempre ha de ser vista a la luz de la gloria. Y la pasión la tenemos en nuestra vida, porque en el momento en que aparece la oscuridad, el sufrimiento o la cruz ya estamos configurados a nuestra manera con el misterio del Señor. Otra cosa es cómo lo llevamos. Pero es muy importante comprender que todo lo que vivimos hemos de hacerlo a la luz de lo que el Señor nos llama a alcanzar, y entonces será siempre una bendición.

Cuando comprendemos el amor que el Señor ha puesto en lo que ha vivido, el mismo sufrimiento cambia de luz, porque cuando el sufrimiento es vivido con amor es otra cosa. Es importante para nosotros ir descubriendo cómo todo lo que vivimos va hacia un bien, hacia una bendición, hacia la luz de la gloria.



*Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María
emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid,
el 17 de febrero de 2008*

SUGERENCIAS PARA ORAR

Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:

Paso a paso...



Invocación al Espíritu

Pide que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



Oración

Respondo al Señor, de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Cómo transfigurar hoy la vida personal, familiar y comunitaria en nuestro entorno?
- ✓ A lo largo del día a día ¿busco iluminar mis actitudes y mi manera de ser con lo que el Señor quiere y espera de mí?
- ✓ ¿Qué opinión de Jesús tiene la gente con la que trato cotidianamente, en ambientes distintos a los de mi comunidad de fe? ¿Se parece a la opinión de la gente en tiempos de Jesús?
- ✓ Jesús hoy te pregunta: ¿Y tú, N, quién dices que soy Yo? ¿Qué le contestas a partir de lo que sabes de Él? ¿Qué le contestas a partir de la experiencia que tienes de Él? ¿En qué forma el contacto diario con la Palabra de Dios te lleva a descubrir los rasgos de la identidad de Jesús?
- ✓ «*Este es mi Hijo amado, escuchadle*» Para el pueblo judío “*escuchar*” significa “*prestar suma atención*”, “*obedecer*”. ¿Es para mí norma de conducta y de vida “*escuchar*” y “*obedecer*” la Palabra de Dios?
- ✓ ¿Estoy decidido/a a subir hasta la altura que el Señor me pide para contemplar a Jesús transfigurado? ¿Qué altura es esa? ¿Qué cosas quedan atrás? ¿Qué ataduras? ¿Qué mediocridades? ¿Qué miedos?
- ✓ ¿Me siento bien en la presencia del Señor? ¿Qué necesito para sentirme así? ¿Guardar silencio? ¿Leer y meditar su palabra? ¿Estar en presencia de la Eucaristía? ¿Deseo yo también quedarme así mucho tiempo ante el Señor?
- ✓ ¿Qué sabemos sobre la oración? ¿Qué experiencia voy adquiriendo con la oración? ¿Buscas conocer más a Jesucristo? ¿Estás leyendo algo concreto?